

Las cartas de Esther Seligson

José Gordon

Hace unos meses recibí un paquete inesperado. Me lo enviaba Esther Seligson. Al abrirlo encontré dos libros y una pequeña bolsa de piel delgada —con costuras de hilo rojo en los bordes— que guardaba un mazo de cartas del Tarot. Se trata de un juego cabalístico: las cartas representan de manera minimalista (al estilo de Esther), las diferentes esferas de energía divina que configuran el llamado Árbol de la Vida. En las cartas se combinan letras hebreas, los símbolos planetarios del horóscopo y los círculos sagrados que interconectan. En cada carta aparecen también, en inglés y alemán, los nombres arquetípicos del Tarot: el mago, el carruaje, la rueda de la fortuna, el ermitaño...

Al revisar los libros, me di cuenta de que Esther me había dado el manual de instrucciones para interpretar estos mapas tan ligados con su mundo. Nos gustaba platicar sobre literatura y artes adivinatorias, pero yo desconocía el lenguaje del Tarot. La maestra y entrañable amiga me regalaba un texto para descifrar los arcanos. Al oír las páginas ligeramente amarillentas me encontré con la complicidad de otra clave para abrirme a su mirada: sus subrayados. En lápiz, de manera firme, estaban marcadas las ideas que le parecían notables. Elijo al azar. La espío cuando se asoma a la carta del Sol: “No estás delimitado a la realidad concreta. Eres libre de representar tu experiencia mediante los símbolos de tu elección: palabras, formas, imágenes, sonidos. Eres libre de representar los símbolos que eliges mediante otros símbolos. Eres libre de la restricción que te imponen los instantes, de la tiranía de lo inmediato”.

Tal vez en esta descripción tenemos una clave para entender una vida que siempre giró en torno a la poesía, el mito y el teatro. Siempre estaba buscando los hilos secretos que conectan las cosas, la forma en que la luz salta de una manzana a un libro, destella en la porcelana de una taza de té y teje una simetría que deleita al alma. Un espíritu tan fino tenía sin duda problemas al confrontar las miradas superficiales y desatentas. La melancolía la acechaba ante el éxodo constante de la belleza. La realidad no estaba a la altura de nuestros atisbos de unidad. Otros son los sueños.

Esther no se conforma. No baja la ambición de lo que quiere conocer. Se aboca a ello con toda su inteligencia y rigor. Lee a los grandes maestros de la literatura, estudia la *Biblia*, se adentra en el *Talmud*, traduce a Cioran y a Edmond Jabès, se interna en el pensamiento de Martin Buber y Octavio Paz. Valora lo que únicamente se puede abrir con la intuición. Por eso, con la misma seriedad estudia sistemáticamente los misterios de la cábala, la astrología y las diferentes corrientes de las tradiciones esotéricas. En el libro que me regaló se puede ver una lectura tan cuidadosa que llega al grado de corregir conceptos que no están bien expresados. Veo una palabra tachada en un diagrama. Como maestra que califica una tarea, escribe la palabra que debe ir ahí. Algunas páginas dobladas en las esquinas marcan tal vez dónde se quedó o adónde había que volver. Me llaman la atención dos hojas:

En una se habla del nombre sagrado de Dios. Esther complementa la información que le faltó al autor. Ano-

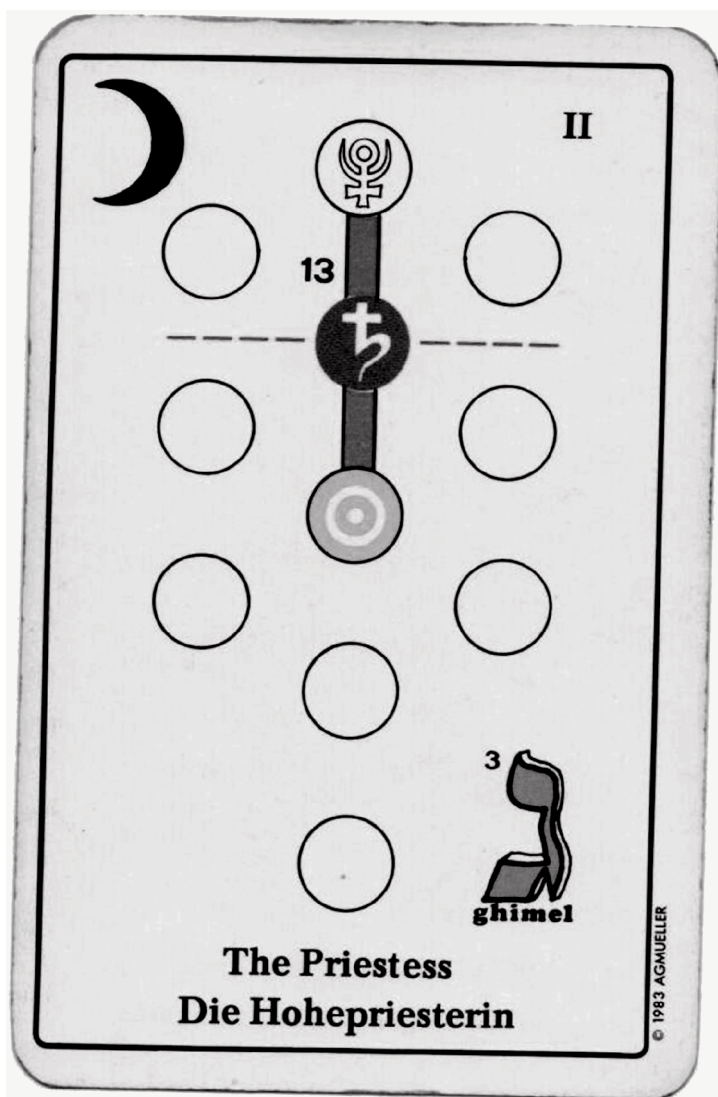
ta los nombres de los arcángeles y su relación con las letras que cifran la expresión de lo divino. En la otra hoja está su subrayado sobre la carta del diablo: “Cuando piensas que la materia es inerte, me regocijo. Cuando afirmas que eres un ser que está separado de los demás, me lleno de placer”.

¿Cuál es la carta que marca de manera más clara a Esther Seligson?, le pregunto a Cecilia Buzali, una joven discípula que estudió Tarot con la autora de *A los pies de un Buda sonriente* o *Sed de mar*, entre varios libros de una hermosura extraña. Me dice que desde su punto de vista, se trata de una carta lunar: la sacerdotisa. Consulto el libro que me dio Esther: Habla de una mujer que está sentada entre dos mundos, el de la compasión y el de la severidad. A su espalda hay un velo. Si lo alzas descubres las aguas de los mares cósmicos, el espacio interestelar. Por eso se le llama Ella, la de estrella plateada. (Por cierto, eso es lo que se cifra en su nombre. Esther quiere decir estrella). La letra hebrea que la marca, dice el libro, tiene la forma de un camello que lleva a salvo al viajero del desierto. No se puede viajar fácilmente en sus dominios ya que la jornada está llena de experiencias asombrosas o infernales. En ella todas

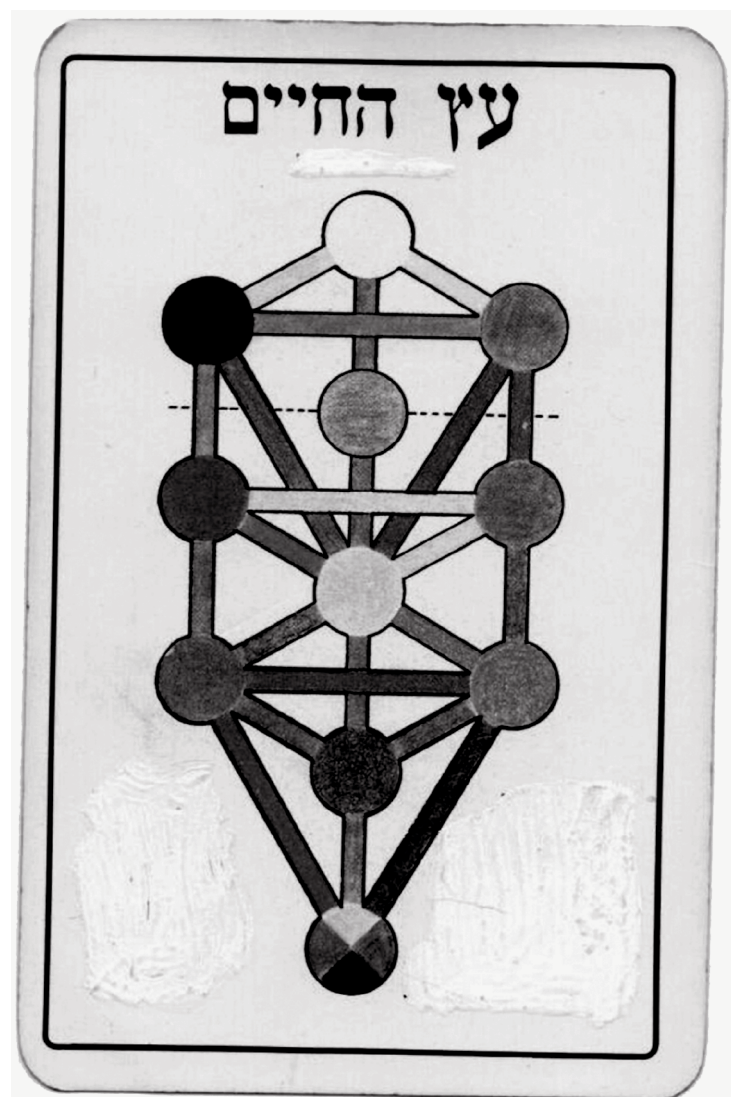
las polaridades se integran: “La Luna es mía. Soy la sacerdotisa y siempre he servido a la corriente lunar y todos sus misterios sutiles. Tengo la corona de la Luna y la veo a mis pies. Mi vestido se parece a las aguas. Soy servidora de la antigua sabiduría. Soy la vida intuitiva, no puedo explicar mis secretos mediante palabras, pero puedo compartirlos a través de la experiencia. ¿Estás listo para viajar conmigo?”.

Le hablé por teléfono a Esther y le agradecí su regalo. En medio del rostro de la severidad con la que padecía la imperfección de la vida, se asomaba una gran ternura y una risa cantarina e infantil. Encantada, me dijo. Encantada.

Y ahora, aquí nos tienes a tus amigos, querida Esther, reconstruyendo las cartas que consignan tu memoria. El otro libro que me diste —entre los varios libros que diste a tus amigos con la intuición de que ya estabas a punto de partir— era la edición en hebreo de *Simiente*. Hago más tus palabras en ese texto: “Vete en paz, / todo en este mundo te es ajeno / aunque nuestro dolor quiera atarte / no hagas caso y prosigue (...) Suelta todo, / la Gran Liberación es el camino ahora / concluyó la errancia / inseparable del vacío es la luz”. ▮



La sacerdotisa



El árbol de la vida